

JHON JAIRO VELÁSQUEZ

3ª edición

SOBREVIVIENDO A  
**PABLO ESCOBAR**

**"POPEYE"**

**EL SICARIO**

23 AÑOS Y 3 MESES

**DE CÁRCEL**

Ediciones DIPON  
Ediciones Gato Azul



JHON JAIRO VELÁSQUEZ

SOBREVIVIENDO A  
**PABLO ESCOBAR**

**“POPEYE”**  
EL SICARIO  
23 AÑOS Y 3 MESES  
**DE CÁRCEL**

Ediciones DIPON  
Ediciones Gato Azul



*...He implorado el perdón de Dios y no sabré, hasta que mi cuerpo muera, si Él me ha perdonado...*

*He cumplido a la sociedad con mi larga condena, pero quizá no haya alcanzado su indulgencia...*

*¡Cuánto he vivido, por Dios...!*

*Sobreviví a Pablo Escobar Gaviria, “el Patrón”, y fue la fuerza de su indomable espíritu la que, no sé bien ni cómo ni para qué, me sostuvo a lo largo de estos años, pues su presencia sigue marcando cada día de mi existencia. Los crímenes del Cartel de Medellín pesan, igual que ayer, sobre mis hombros. Mi juventud perdida en el crimen se transformó en la espada que pende sobre mi encanecida cabeza.*

*Para el mundo siempre seré alias “Popeye”, el sicario del temible Cartel de Medellín, el hombre de confianza de Pablo Emilio Escobar Gaviria... Cómo decirles que soy un hombre nuevo... que 23 años preso en este infierno transformaron al hombre que fui.*

*Ahora, la anhelada libertad se desdibuja en la mano asesina de mis enemigos. Quizá el destino haya prolongado mi existencia sólo para deleitarse en preparar mi propia agonía.*

*Sobreviví en cautiverio pero no sé si lograré vivir en libertad...*

*Preso de mí mismo intentaré luchar por alcanzar un poco de paz...*

*Hace mucho frío... ya es agosto de 2014. Estoy a un paso de la libertad y creo que aún respiro... todavía en esta sombría celda de la cárcel de máxima seguridad en Cóbbita, Boyacá.*



“Popeye” en su celda de la Cárcel de Cóbbita. Sebastián Jaramillo, Revista Bocas ed. 16, 2011.

## I

## “Popeye” abandona a Pablo Escobar

Julio de 1992.

—Muchachos... mucha suerte, de pronto, si me decido, en la cárcel nos vemos...

La inminencia de la entrega disparaba su adrenalina, además del temor que todavía le producía la mirada fría e impenetrable del poderoso Pablo Escobar Gaviria, “el Patrón”. Sintió cómo la piel se le erizó. Una tenue brisa invadió la despedida de los tres hombres que se estaban jugando su destino. Quizá lo que flotaba en el ambiente no era más que la cobardía disfrazada de prudencia.

—Adiós “Patrón”...

“Popeye” estaba tan próximo a Pablo Escobar, que podía percibir su aliento. La penetrante mirada de aquel enigmático hombre parecía retarlo en ese último instante; logró confundirlo tanto que sintió la garganta seca; con torpeza estiró su mano para estrechar, por última vez, la del hombre por quien tanto respeto y admiración sentía.

Era el final de una loca y frenética carrera en el mundo del crimen organizado. A sus 27 años, Jhon Jairo Velásquez, alias “Popeye”, tenía un largo historial de muertes en su conciencia, pero ahora estaba a punto de cambiar su vida, inspirado en el amor de una mujer.

Mientras se alejaba, en su cabeza se repetían las escenas de los días anteriores...

—Los asesinos también se enamoran... —fue la frase que le dijo a su compañero “Otto”, cuando Pablo Escobar adivinó sus sentimientos.

—¿Qué le pasa “Pope”? ¡Si tiene miedo entréguese con mi hermano Roberto y con “Otto” en la Cárcel de Itagüí! —le dijo seriamente, mirándolo a los ojos. Lo tomó por sorpresa y logró perturbarle.

—¡“Patrón”, usted sabe que tenemos encima a los norteamericanos, a los ingleses y a los israelitas, con este aparato nos ubican en el acto! —replicó respetuosamente, evadiendo la respuesta a lo que realmente le estaba preguntando, mientras le ponía enfrente el medio de comunicación de largo alcance que les enviaron en el correo. Para la época, 1992, aún no llegaban a Colombia los teléfonos celulares.

—¡Usted lo que está es enamorado! Mejor váyase a prisión que allí sí puede ver seguido a su hermosa novia, —le dijo con una sonrisa.

—Lo voy a pensar y le digo, señor... —respondió al tiempo que inclinaba la cabeza. Luego se fue al cuarto que ocupaba en el escondite en la parte baja del barrio El Poblado, de la ciudad de Medellín, en una casa de clase media alta en donde vivían por esos días, encaletados, evadiendo los operativos del Bloque de Búsqueda y de sus enemigos.

Estaban en plena guerra contra el Estado y la iban perdiendo. Eso produjo un efecto dominó en los miembros del Cartel de Medellín que, para salvar su vida, estaban entregándose a las autoridades evitando así caer en manos de los sanguinarios “PEPES” (Perseguidos por Pablo Escobar Gaviria) quienes habían asesinado a la mayoría de los sicarios de Pablo Escobar. Por esta razón “Popeye” sabía que era una decisión demasiado importante para su vida. Por una parte, quería permanecer al lado de Escobar, como siempre lo hizo, pero su otro yo estaba perdidamente enamorado de Ángela Morales, la novia que tenía por esos días y por cuya integridad temía. Les habían informado que los “PEPES” iban a matar a sus mujeres en retaliación por la muerte de tantos policías y del terrorismo reinante por cuenta del cartel. Al estar en prisión el interés sobre él y su gente podría disminuir; desde la cárcel era más fácil blindarse, ante el peligro que representaban los poderosos enemigos que tenían acorralado al Cartel de Medellín. Era la única forma de salvar su pellejo y el de su mujer.

No lo pensó más y en la mañana fue a la habitación del “Patrón”. La puerta estaba entreabierta, miró al interior y sigilosamente se acercó; él lo vio pero no le dijo nada. “Popeye” sintió un nudo en el estómago y no se atrevió a pronunciar palabra. Pasados unos minutos se armó de valor, regresó y con voz entrecortada le habló a su jefe...

—Ya lo decidí señor...

—¿Qué decidió? —Le preguntó sin dejar de mirar la pantalla de T.V., con el control remoto en la mano derecha.

—Me voy “Patrón”... —contestó en voz baja mirándolo fijamente.

—¡Yo ya lo sabía! —Le respondió Pablo, dejando escapar una sonrisa cómplice y tranquilamente siguió mirando el noticiero.

Al llegar la noche el “Patrón” le llamó y volvió a preguntarle.

—¡Cupido!... ¿qué pensó? Llame a “Otto” y vengan los dos...

Diez días después ahí estaban, como un par de Judas, dejando al “Patrón”, abandonándolo a su suerte mientras cada uno de ellos iba tras un par de piernas que lograron enredarles la cabeza y el corazón como para



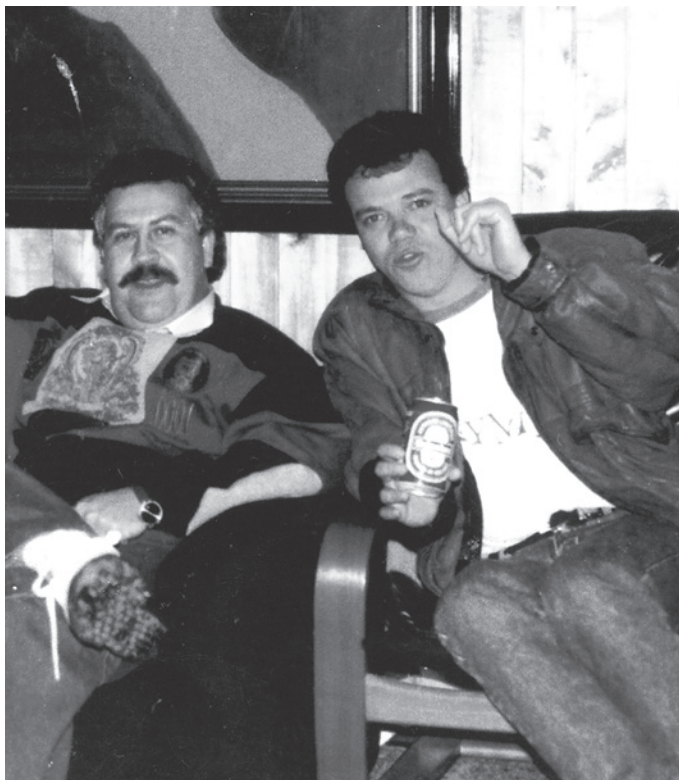
pensar en iniciar una nueva vida, aparentemente lejos del crimen. “Otto” también estaba cansado de la guerra y quería disfrutar de su mujer.

—Adiós “Patrón”...

—Adiós...

“Popeye”, trató de verlo a los ojos pero la mirada inquisidora de Pablo lo venció. Bajó su cara avergonzado. Le estiró la mano acercándose más a él; un abrazo y un “gracias por todo” fue lo último que recibió de su jefe.

Caminaba junto a “Otto”, de frente hacia la calle, casi arrastrando los pies que se negaban a salir de la casa. Sintió como la humedad nubló su visión. No fue necesario decirle algo al compañero, él también tenía los mismos sentimientos encontrados. Cuando se alejaron unos 200 metros, miraron hacia atrás y lo último que vieron fue a un hombre completamente solo abordando un humilde automóvil rojo, marca Renault, pasado de moda, que partió veloz en sentido contrario al de ellos, manejado por el legendario hombre que cambió sus destinos: Pablo Escobar Gaviria, “el Patrón”.



Pablo Escobar y Jhon Jairo Velásquez Vásquez alias “Popeye”,  
recluidos en la Cárcel La Catedral.

## II

## Una nueva vida

Cerca de las 4:30 a.m., un hombre abrió con fuerza la puerta de la celda y lo encañonó. “Popeye” apenas si se sobresaltó; levantó las cobijas y le mostró las manos al guardia que de inmediato lo esposó, mientras anunciaba por el radio:

—¡Asegurado el objetivo número 1!

Lo requisó con detenimiento por si estuviera armado; luego le quitó las esposas y le ordenó vestirse; cuando terminó, lo inmovilizó nuevamente.

Del radio se escapan las voces de diferentes guardias que seguían con el operativo en otros pabellones de la Cárcel La Picota, en Bogotá...

—¡Asegurado el objetivo número 2! —chilló una voz en el radio.

—Debe ser Gerardo, —pensó “Popeye”.

—¡Asegurado el objetivo 3! “Juan Joyita”...

—¡Asegurado el objetivo 4! “El Maestro”...

La zona se hallaba totalmente militarizada; un cordón de soldados fuertemente armados se instaló en los dos lados de la calle, desde la cárcel hasta la avenida principal. La situación era seria. Adiós a la fuga de Gerardo, que estaba casi lista.

Subieron al bus en que trasportaban más presos de la Torre 3, todos extraditables. El miedo invadió el espíritu de los pasajeros.

“Popeye” estaba tranquilo, no tenían por qué extraditarlo; decidió relajarse a costa de sus custodios a quienes comenzó a molestar con bromas pesadas.

—¡Oí, *marica reíte!*

—¡*Chupón*, te compro el fusil! —replicó otro preso tratando de calmar los nervios del traslado.

Los uniformados no respondían; eran disciplinados, muy profesionales y estaban tratando con bandidos así que no se dejaron provocar.

“Juan Joyita”, como siempre, seco de la risa, para él todo era un chiste; disfrutaba la vida como le iba llegando. Gerardo, por el contrario era súper serio. “El Maestro” les recordaba sus palabras proféticas: —les dije que ya sabía que nos iban a trasladar—. Cuando vieron a “Popeye” sentado junto a ellos, sentenciaron que ya no se salvarían del viaje al infierno. Él los asustó más para reírse un poco de su miedo y así calmar el propio.

—¡Señores van conmigo para Valledupar!

Todos se quedaron serios, incluso “Juan Joyita” se asustó tanto que no volvió a reír; el autobús quedó en silencio hasta que subieron los guardias y sentenciaron con fuerza:

—Listo el cupo... vámonos...

Sospecharon que los trasladaban a la prisión más temida de Colombia a principios del año 2000 y para asustar aún más a sus colegas, “Popeye” les reconfirmó con una sórdida sonrisa...

—¡Señores, se los dije, prepárense para llegar al infierno!

El silencio fue sepulcral, los reclusos quedaron mudos. Pero en el fondo quien más preocupado iba era “Popeye”.

El carro comenzó a avanzar. En el interior estaban los comandos del Grupo de Reacción Inmediata, G.R.I., entrenados por los norteamericanos para operaciones especiales con los prisioneros y las cárceles. Ellos, con su fusil apuntando al piso y muy serios los miraban fríamente, sin miedo, dispuestos a lo que fuera; ya los bandidos no los intimidaban como en el pasado.

De lejos, “Popeye” vio el helicóptero y descansó pensando: *¡No... no nos van a extraditar, seguro vamos para la nueva cárcel, la de Cóbbita en Boyacá!...* y sonrió al ver la cara de angustia e incertidumbre de sus compañeros.

La caravana, fuertemente custodiada, llegó a la avenida principal; el cordón militar se hizo más fuerte dando apoyo a los guardias. El vehículo avanzó y de pronto giró hacia el batallón del Ejército próximo a la cárcel e ingresó velozmente a terreno castrense. Los hombres del G.R.I., saltaron como jaguares sobre los internos y los bajaron casi cargados, les quitaron las esposas y las cadenas. Ya en tierra, fueron esposados de nuevo con una tira plástica en las manos y, del pie derecho de un recluso al pie izquierdo del otro, con una cadena que lastimaba el tobillo. Les ordenaron quedarse quietos y callados.

A lo lejos escucharon las roncas aspas de varios helicópteros rusos, viejos y lentos, que se aproximaban, hasta que los aturdió el ruido ensordecedor y su imponente presencia. Los gigantesco helicópteros levantaron el polvo de la pista al posar en el piso sus inmensas barrigas que rápidamente se abrieron para dejar ver su interior. Estaba lleno de asustados presos que traían desde otras cárceles del país. Por tierra también llegaron más reos extraditables, uno de ellos fue Jamioy, del grupo de “Juan Joyita”.

El cupo lo completó un hombre mayor, de unos 70 años, llamado Germán Arciniegas, nadie entendió por qué lo estaban trasladando a una cárcel de alta seguridad si su delito no lo ameritaba.

A “Popeye” lo subieron en el primer vuelo, junto a Gerardo y su gente. El helicóptero tenía capacidad para 20 personas y transportaba personal del Ejército. Un soldado les ordenó no moverse de su sitio. El helicóptero se movía lento e inseguro; el ruido era fastidioso hasta que tomó altura y enfiló hacia su destino, el nuevo hogar de los reclusos.

Cincuenta minutos después estaban sobrevolando la temible Cárcel de Cóbbita. Desde arriba se veía una enorme mole de cemento gris llena de alambradas y garitas a su alrededor. Parecía un campo de concentración moderno. Aterrizaron en el helipuerto de la prisión. Los bajaron con dificultad y rápidamente los llevaron a un bus azul; ahí todos miraron hacia arriba, respiraron su último aire de libertad contemplando un hermoso cielo despejado, pero en minutos el monstruo de Cóbbita se los tragó.

La cárcel estaba pegada a la vía pavimentada, a dos horas y media de la capital y a 25 minutos de Tunja, una ciudad intermedia.

Como iban en el primer grupo los metieron en una pequeña jaula de unos 40 metros cuadrados, tapada con una malla acerada, que era el área de reseña. Les quitaron las cadenas lo cual fue todo un alivio. “Popeye” se sentó en el suelo.

A los pocos minutos apareció el director de la Cárcel de Valledupar, Pedro Germán Aranguren. *¡Oh no! Que sorpresa tan desagradable...* pensó al verlo ahí frente a él, encontrándose en posición tan desventajosa. Ahora este hombre era el responsable de la Cárcel de Cóbbita. Llevaba puesta su eterna camiseta del *Buró* de Prisiones Norteamericano. Lo miró con ironía, él respondió con desprecio. No le dijo nada, tampoco Jhon Jairo le habló. A su lado estaba un asesor norteamericano de nombre Jerry... “Popeye” volvía al duro régimen carcelario. Pero esta vez se sentía más preparado psicológicamente para enfrentar el calabozo. Quería creer que el frío no era tan terrible como decían. El infierno en tierra fría no existe sino en la mente de los presos miedosos.

Cuando todos estaban listos para la reseña, entró saludando amablemente el capitán de la guardia Orlando Toledo. Un viejo zorro de las prisiones colombianas, hombre de armas tomar, honesto y bueno con el preso.

Al fin lo reseñaron; su nueva identificación fue T.D. 007, es decir, que para el sistema carcelario colombiano ya no era Jhon Jairo Velásquez Vásquez, ni siquiera alias “Popeye”... A partir de ese momento se convirtió en un número más del sistema. Y el 7 le fue dado porque fue el séptimo preso en ingresar a Cóbbita; con este grupo inauguraron la prisión de alta seguridad que tanta expectativa había generado y que anunciaron en la prensa.

Cuando terminaron la reseña lo pasaron con sus dedos aún untados de tinta donde una Doctora Civil. Tuvo la tentación de no hablarle pero la mujer fue amable y él decidió cooperar dándole la información que le pedía...

—Por favor, deme un número telefónico de alguien a quién podamos avisar en caso de emergencia, o de muerte. Le dijo la mujer serenamente.

—Doctora, disculpe, ¿por acá hay cementerio? —Preguntó serio, mientras la mujer lo miró asombrada.

—¡Sí, sí señor Velásquez!

—Pues por favor que me entierren ahí. —Le dijo con firmeza y no le dio ningún dato de los que le solicitaba. Ella lo miró desconcertada pues no esperaba esa respuesta y discretamente se inclinó sobre su cuaderno para registrar la petición.

Después de esta entrevista lo pasaron al examen médico y odontológico. Le entregaron un feo uniforme de color habano con rayas anaranjadas; miró con tristeza sus pies y se dijo: “Adiós a mis tenis, mis *jeans* y mis buzos”. Y quedó listo para la foto del recuerdo con su nueva vestimenta.

Sus compañeros fueron pasados por la peluquería; todos rapados, él ya lo estaba. El Director les advirtió que no podían tener tenis con cordones porque se podían ahorcar en un momento de depresión. Todos rieron y se conformaron cuando les entregaron zapatos negros con suela de caucho, que se sostenía con una tapa que se pegaba y despegaba, súper feos y muy incómodos.

También les quitaron los implementos de aseo que traían. La teniente Claudia les gritó con firmeza:

—Acá no necesitan entrar nada, esto está financiado por los EE.UU., les vamos a dar todo.

Nuevos helicópteros comenzaron a sobrevolar el penal. Se esperaba la llegada de grandes personajes, todos tenían curiosidad; se rumoraba el ingreso de un duro pero nadie sabía quién era el gran capo que al fin estaría en una verdadera cárcel, junto a ellos.

Como la suerte es loca y a cualquiera le toca, en esta ocasión fue para los hermanos Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela, jefes del Cartel de Cali. La embajada de Estados Unidos sabía de los lujos de los Rodríguez en las cárceles corrientes donde estaban detenidos. La orden del gobierno fue tajante: “Los jefes del Cartel de Cali a Cómbita”...

La llegada de estos personajes lo llenó de energía y felicidad, pues no sería el único en sufrir el duro régimen carcelario que les esperaba.

Desde que se aprobó el Plan Colombia por parte de los EE.UU., hacia el país, llegó mucha ayuda a diferentes instituciones con recursos

económicos para logística y entrenamiento de personal. Al Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario, INPEC, el apoyo le llegó por parte del *Buró* de Prisiones de los EE.UU. Los asesores gringos entrenaron a los nuevos guardianes y reentrenaron a los viejos. Les hicieron la prueba del polígrafo y les garantizaron una opción salarial superior a la que tenían. Todos los guardias que fueron asignados a las cárceles de alta seguridad llegaron con una mentalidad anticorrupción. Era el nuevo INPEC.

Las nuevas cárceles se construyeron con base en recomendaciones del *Buró* de Prisiones estadounidense que las vigiló de cerca. Los penales tenían que cumplir con las especificaciones precisas del *buró* y el régimen estricto, tal como sucede en su país.

La tenebrosa cárcel acababa de ser inaugurada con pesos pesados del narcotráfico que apenas estaban ingresando.

Ese día llegaron también, Félix Antonio Chitiva alias “La Mica” y Víctor Patiño Fómeque. Con ellos llegaron diez narcos más que estaban viviendo como reyes en otras prisiones del país, donde no había llegado el nuevo INPEC con su estricto reglamento y su personal capacitado.

Sin ninguna contemplación, la guardia metió a los hermanos Rodríguez a la jaula de reseñas. Jhon Jairo ya estaba listo y reseñado. Lo vieron y lo saludaron con su máscara de risas. Él les contestó con la misma hipocresía. Ninguno de los dos bandos se aceptaba por las guerras del pasado, pero tenían que convivir en las nuevas circunstancias. Era evidente que no les había caído bien verlo en Cómbita, pero tenían que aguantarse.

El 13 de Septiembre del año 2002 era un día histórico para las autoridades, comenzaba el principio del fin del imperio Rodríguez Orejuela...

Don Gilberto llegó bien vestido, con pantalón italiano, zapatos finos, camisa de marca, un excelente reloj con manillas de cuero y correa que hacía juego con los zapatos. Los elegantes Rodríguez no cargaban joyas en exceso. Igualmente estaba vestido don Miguel; el traslado los cogió de sorpresa y no tenían ropa apropiada para el intenso frío que ya se sentía en Cómbita. Fue un golpe al hígado de la mafia y al cabello pintado de don Gilberto porque en Cómbita no había salón de belleza.

El guardia abrió la reja de la jaula y ordenó lista en mano:

—Rodríguez Orejuela Miguel Ángel y Rodríguez Orejuela Gilberto José, a reseñar... el peluquero está listo...

Los viejos se miraron entre ellos y palidieron entendiendo la nueva realidad. “Popeye”, al igual que los demás presos, no perdía detalle haciendo sus cábalas, esperando ver qué concesiones se daban a los famosos mafiosos.

—¿Será que estos tipos se dejan tusar y quitar su fina ropa?... —murmuró otro preso entre dientes, temiendo que lo escucharan.

Desde lejos, Jerry, el asesor norteamericano del *Buró* de Prisiones observaba todo sin intervenir, al igual que Aranguren, el director del penal, atentos a la reacción de los Rodríguez Orejuela ante su primer sometimiento con el peluquero. Les estaban dando la probadita de lo que sería su futuro.

El guardia les pasó dos uniformes completos y su respectiva bolsa para que echaran en ella su fina ropa y sus costosos relojes.

Miguel Rodríguez, comenzó a brincar quitándose la ropa con desagrado. Gilberto obedeció con humildad, mientras calmaba a su hermano. Se vistieron y quedaron como verdaderos presos, se veían pequeños en un uniforme grande; allí eran más poderosos los guardias que los dos mafiosos o cualquiera de los fieros bandidos que estaban siendo ingresados. Cuando llegaron a la peluquería, Miguel no pasó, Gilberto lo hizo en el acto, sólo pidió al peluquero que le pasaran la cuchilla número tres, el guardia no contestó y le pasó la número uno; ahí sí quedó feo el poderoso mafioso. Se le vinieron todos los años encima, sólo con los 55 que tenía, pero se veía como un anciano con el nuevo corte reglamentario al estilo militar.

El jefe de la mafia al desnudo. Sin su ropita cara, su esplendorosa cabellera en el piso y un uniforme dos tallas más grande, en el que flotaba su humanidad. El poderoso “Ajedrecista” se veía como un peón. Todos los que estaban presenciando la escena tuvieron la misma sensación, incluyendo a los guardias, ubicados en sitios estratégicos ataviados con escudos y atalajados como “RoboCop”. Los capos fueron observados detenidamente ya que estas actividades no eran íntimas y todos los reos debían someterse públicamente a lo mismo; sólo que esta vez la exhibición era especial por el nivel de los prisioneros que llegaban.

El peluquero al terminar con Gilberto, alzó la mirada y se encontró con la de Miguel Rodríguez, quien comprendió que era su turno. Se acercó lentamente a la silla y pidió que le cortaran el cabello con tijera, todos sonrieron ante esa solicitud; él todavía tenía la ilusión de que el peluquero le complaciera por ser quien era. El guardia tranquilamente le pasó por su arrogante cabeza la cuchilla número uno, como lo hacía con todos los presos. Esto generó rabietas y protestas de Miguel al ver cómo su cuidada cabellera iba cayendo al piso. Era la humillación después de la soberbia; dura prueba para empezar.

A Miguel le asignaron el TD: 0065 y a Gilberto el TD: 0066. En la foto, Miguel quedó registrado para la posteridad con los cachetes hinchados y los



ojos llenos de rabia; sus dedos untados de tinta se movían con furia mientras terminaban el proceso. Por el contrario, Gilberto se sometió a todo más tranquilamente; sabía que no ganaba nada con protestar.

Jhon Jairo observaba con atención este espectáculo, antes inimaginable para la mafia colombiana. Los Rodríguez Orejuela y él, resultaron ser los pioneros en las cárceles de alta seguridad del nuevo INPEC, en Colombia. Sabía que después vendrían los demás. Al final el ritual sería el mismo para todos los mafiosos que se descuidaran, los paramilitares que se confiaran y los guerrilleros que no se sometieran.

—Señores, por favor los relojes. —Les dice un guardia en tono serio. Pero don Miguel le contesta en forma agresiva.

—¿Cuál es tu *maricada*?

El guardia les dice de nuevo sin inmutarse.

—Por favor, los relojes, señores...

Don Gilberto se lo quita y lo entrega, echando maldiciones; hace lo mismo don Miguel, renegando más fuerte. Luego se supo que eran finísimos y de marca *Cartier*.

De pronto la guardia se pone alerta y les notifica que acabó la función. Conducen a “Popeye” al área de “Recepciones”, al primero de los calabozos; se tira en el colchón y empieza a reflexionar en la situación, con el director Aranguren. Ahora no eran sólo Yesid Arteta y él, como sucedió en Valledupar, donde les hizo la vida miserable; ahora tenía un verdadero tesoro para desfogar su amargura: los jefes del Cartel de Cali.

Miguel Rodríguez, a su vez, iba a hacerles la vida de cuadritos a los guardias y ello era bueno para romper el sistema. Abrir cárcel nueva es durísimo, pero tenían un buen gallo de pelea. La aventura en Cóbbita empezó bien. Les llegó el primer almuerzo; estaba decente, mejor que en Valledupar. Arroz, lenteja, pollo frito y papas a la francesa. Se los entregaron en una cajita de plástico con compartimientos. Un poco de agua con sabor a fruta y “el preso quedó lleno”. Faltaba ver qué iban a decir los Rodríguez, acostumbrados a comer con cubiertos de plata, cuando los guardias les entregaran sus cubiertos de plástico.

La última comida la servían a las 2:00 p.m., y de ahí para adelante a aguantar hambre hasta el otro día a las 5:00 a.m., que llegaba el desayuno. Son 15 horas sin probar bocado. Nadie entiende por qué las comidas están distribuidas de esta manera, al estilo de las cárceles gringas. El desayuno lo entregan a las 5:30 a.m., el almuerzo a las 9:00 a.m., y la comida a las 2:00 p.m.

Ya ingresado en la Cárcel de Cóbbita, “Popeye” inició su “adaptación”. El calabozo le resultó hermoso en comparación con otros que conoció. La

taza del baño sin excrementos humanos ya era un lujo; la pequeña habitación de cuatro metros cuadrados tenía un planchón de cemento para el colchón de espuma, una poceta con lavadero y llave del agua y la puerta normal de metal con una pequeña ventana de barrotes. Todo nuevo y en perfecto estado. Por ningún lado zancudos o moscas, menos los animalitos que chillan; es un clima frío pero sano.

Pero su dicha terminó al día siguiente cuando los trasladaron a los verdaderos calabozos en la Torre 8. Una fila interminable de puertas; en cada calabozo un preso. Se envolvió en la cobija que les dieron al entrar y exploró el lugar. Tenía un patiecito en la parte de atrás. En el pequeño y miserable cuarto se veía un planchón de cemento para la colchoneta, una poceta para lavar la ropa con su llave del agua, una taza de sanitario en acero inoxidable, y algo novedoso: una ducha en toda la mitad del calabozo que pegaba contra el colchón. La luz muy tenue era controlada desde afuera y no se podía manipular en el calabozo. El lugar de 3 metros de ancho por 6 de largo, incluyendo el patiecito, era al fin y al cabo algo cómodo. La puerta, totalmente tapada con un vidrio pequeño y una puertecita en la mitad para el ingreso de la comida. Por ningún lado se veía el hielo que decían los presos habladores, metiendo miedo, hablando que en Cómbita existían calabozos a 20 metros bajo tierra. El guardia anunció que se prendía la luz a las 5:00 a.m., y se apagaba a las 8:00 p.m.

Entre los presos que lo acompañaban estaba un médico de 78 años de edad. Se movía con dificultad. Se había escapado de los EE.UU., debiendo \$700,000 USD de impuestos. Allí tenía una clínica y los impuestos se lo tragarón vivo. Fue capturado en Bogotá y estaba pedido en extradición. Los guardias le daban el mismo trato que a los demás, pero sus compañeros lo rodeaban y le ayudaban en todo. El “Doctor Viejito”, como le llamaban, era fuerte y no se quejaba por nada. Resultaba inexplicable qué hacía este hombre en los calabozos, con verdaderos bandidos. Las paradojas de la vida... pareciera que nadie puede tener certeza de su destino.

En Colombia la mayoría de la gente desconoce cómo son realmente las cárceles por dentro. Ignoran lo que pasa en los tenebrosos calabozos en donde se ponen en práctica técnicas de tortura, como la del *escorpión*, que es brutal. En los primeros años de vida de las cárceles de alta seguridad se utilizó esta modalidad, sugerida por los asesores norteamericanos que la practicaban con sus presos cuando se volvían violentos. El preso era atado por la cintura, pies y manos con gruesas cadenas, quedando completamente inutilizado en forma de un escorpión; para comer le tiraban el plato de comida a un lado y

debía comer como un perro. El *escorpión* podía durar hasta 24 horas; sin lugar a dudas era la forma de demostrar el poder del sistema sobre el individuo.

El primer despertar en los calabozos de Cómbita es muy desagradable. A las cinco de la mañana las duchas son abiertas por el guardia. El chorro gigantesco de agua fría cae directamente encima de la cama mojando el colchón y la cobija. Es prácticamente inevitable.

Aquel primer día, “Popeye”, al sentir el agua helada en su rostro, saltó como un tigre tratando de proteger el colchón y la cobija. Recogió rápidamente sus pocas pertenencias y la cobija mojada. Intentó resguardar el colchón arrastrándolo al pequeño patiecito de la celda y esperó a que apagaran la ducha. Direccionó el chorro hacia la pared; ni una mísera cortina de plástico había para evitar que el agua inundara la cama. No fue el único molesto. Escuchó la protesta repetida de sus compañeros diciendo palabrotas por el macabro despertador.

A las 5:30 a.m., llegó el desayuno. No estuvo mal. Agua caliente con café, un pan como el puño de la mano y un huevo tibio. Lo devoró todo en el acto. El hambre atacaba duramente. Preguntó a los presos que sirven el desayuno, si los Rodríguez habían sido llevados a los calabozos. Estos le confirmaron que no, que aún seguían en las celdas de “Recepción”. Se preocupó; era claro que estaban recibiendo un mejor trato que los demás.

En los calabozos vecinos sus compañeros luchaban por superar el primer impacto. Cuando llegó el almuerzo muchos lo botaron. Se escuchó cuando vaciaban las ruidosas tazas del sanitario. También alcanzó a escuchar los sollozos de algunos. Lloraban porque jamás habían estado en una cárcel de verdad. Le preocupaba el “Doctor Viejito”.

Horas después llegó más información sobre los Rodríguez Orejuela. Decían que no estaban bajo llave en las celdas, que podían salir al Patio de “Recepciones” a tomar sol y que les habían permitido la entrada de abogados.

Se oyó entonces un escándalo en los calabozos del segundo piso. Un preso se amarró a la nuca la sábana y amenazaba con ahorcarse si no lo sacaban de allí. La guardia entró y lo sacó a empujones rumbo a la enfermería donde el psiquiatra. Lo llevaron encadenado de pies y manos. Los guardianes estaban súper agresivos, con idéntica actitud que los de Valledupar. Estaban dispuestos a ejercer su autoridad por encima de cualquier bandido.

Transcurridos tres días se escuchó un murmullo de voces en el pasillo; eran el director del INPEC, Aranguren el director de la cárcel y el Capitán Toledo. Al escucharlos, con todo el esfuerzo “Popeye” sacó la cabeza por el estrecho agujero de la puerta y llamó la atención del General.

—¡General, General, General! —Al escuchar el llamado se acercó al calabozo.

—¡Ey! ¿Usted quién es?

—Señor yo soy “Popeye”; le pido por favor, saque de los calabozos a mis compañeros que ellos no aguantan y déjeme a mí...

El directivo le contestó amablemente:

—Mañana serán llevados todos a la Torre 6, estamos terminando de adecuarla.

Ya iba a darle la espalda y le habló de nuevo, pues no tendría otra oportunidad.

—¡Señor General, por favor, denos una hora de sol!

Amablemente el hombre ordenó al capitán que les dieran una hora de sol. Inmediatamente fueron sacados a un pequeño patiecito; casi todos sus compañeros estaban muy mal anímicamente. Gerardo, “Juan Joyita” y “el Maestro” seguían firmes y aguantando. Pero de todos los presos el más fuerte en el calabozo era el “Doctor Viejito”.

—“Popeye” que dicha de calabozo; ¡es una gran experiencia para contarle a mis nietos!

Los bandidos se miraron sorprendidos pues la situación no daba para estar tan contento, era una cárcel, pero este viejito la estaba disfrutando.

—¡Es un honor para mí andar con bandidos como ustedes!

Todos rieron a carcajadas, al parecer el viejito tenía también su vena de bandido; por algo estaba con ellos y sólo ahora, a sus 78 años, podía sentir la adrenalina que produce el bajo mundo.

“Popeye”, acostumbrado a las cárceles y a la pelea dura les dio ánimo aconsejándoles que aguantaran y comieran, que la estadía en el calabozo era transitoria. El preso que más se quejaba era “Buonomo”, el famoso mafioso italiano. Flaqueando en el calabozo... era difícil de creer.

La hora de sol se les convirtió en tres. El Capitán Toledo era un buen ser humano y les colaboró ese día. Al terminar el recreo los devolvió al calabozo. A “Buonomo” casi no lo encierran porque sufrió un ataque de histeria y estuvo a punto de ser golpeado por la guardia al resistirse a entrar nuevamente a su celda. Amenazaba con llamar a la Embajada Italiana para denunciarlos por estar violando sus derechos. Los guardias se reían en su cara.

Llegaron las 6:30 p.m. Sorpresivamente empezaron a abrir las puertas. Los trasladaron a todos a la Torre 6. “Popeye” estaba seguro que a él no lo llevarían, aun así, se sentía feliz por sus compañeros. Pero la voz potente del guardia le dio la buena noticia:

—¡“Popeye”!, a población carcelaria...

Fue llevado a la celda 065 con el peor compañero de todos: el mafioso “Buonomo”; no era mala gente, pero se quejaba por todo, porque la cobija era roja, porque la celda estaba sin pintar, porque hacía frío, por la luz, por el colchón, etc., etc. Era hasta gracioso oírlo insultar con su mal español y su acento italiano.

La cárcel no era precisamente fea; muy bien construida, resultaba funcional. Estaba perfecta para Jhon Jairo. Había dos camarotes de cemento empotrados contra el muro, a los que se llegaba por dos escalitas. Él estaba en su país y peleó por la primera plancha, mucho más cómoda que la de arriba que era peligrosa, no tenía baranda y el que se moviera demasiado al suelo iba a dar.

Una ventana de 60 cms., de ancho por 40 cms., de alto, les garantizaba buen flujo de aire. Al fondo, un mesón con lavadero, llave del agua y a su lado, la taza del sanitario. Todo esto en un espacio de 5 metros de largo por 3 metros de ancho. La puerta, de metal con una ventanita de 30 cms. de largo por 20 cms. de ancho con tres barrotes. Su celda estaba ubicada en el piso 3. La torre era grande, 102 celdas para 204 presos. Una semana después de la llegada, ya instalados entre la población carcelaria llegó el primer despertar en su propia celda. Hacía muchos años que no tenía una fija y menos con compañero.

Abrieron las celdas a las 5:30 a.m., con la orden de “todos a las duchas”. Éstas, a diferencia de los calabozos, estaban ubicadas al fondo de cada piso. El agua helada ayuda a retar el frío; es reconfortante el duchazo; adiós a la intimidad. Todos desnudos, se turnan de a dos para una ducha. Mientras uno se enjabona el otro se enjuaga en la regadera. El tiempo que tienen es de 10 minutos, aunque muchos no toman el baño por el intenso helaje, pero es un gran error ya que después sienten más frío. “Pope” corre desnudo a su celda por el largo pasillo, se seca rápidamente, se viste con el uniforme y a explorar... es el nuevo reto.

El patio es grande, apto para caminar. Todo está nuevo. Ellos son los pioneros en Cómbita. La torre donde los instalaron tiene 3 pisos. Al fondo se encuentran las duchas; a cada lado del corredor hay 51 celdas. A la entrada del patio están los mesones que utilizan para comer; en un costado se encuentra la cocina, allí les sirven los alimentos que llegan ya preparados del rancho del penal. Y muy mal ubicados están los sanitarios, justo al frente del comedor. Al pie de la guardia, donde se controla todo el patio están los dos uniformados encargados de vigilarlos. El tesoro de los presos: un teléfono, ubicado cerca de la guardia; y a un costado del patio, su ventana al mundo: un televisor. Eso era lo que constituía todo su entorno.

Aquella primera semana en Cómbita, estrenando cárcel, los presos estaban contentos, a pesar de su detención y traslado. Todos coincidieron en pensar que pudo ser peor y que esperaban algo espeluznante. Pero la nota de la discordia la ponía “Buonomo”, nada le gustaba...

El patio tomaba vida, algunos se envolvían en sus cobijas y caminaban alrededor para calentarse; otros iban hasta el final del patio y regresaban al frente. Era una forma de ejercitarse física y mentalmente.

“Pope” miraba para todos lados y no veía a los Rodríguez Orejuela; esto le preocupaba ya que era claro que estaban luchando por una buena ubicación dentro de Cómbita y lejos de él.

Cuando llegó la guardia los ordenaron a todos en fila para la contada. Eran 54 presos. La guardia salió del patio y “Pope” tomó el control, como se acostumbra, para evitar cacicazgos. Pasó al frente y habló con fuerza y propiedad ante sus compañeros:

—Señores, tomo el control del patio para evitar que lleguen otras personas inescrupulosas y lo hagan buscando beneficio propio.

Todos lo apoyaron. Organizó turnos para utilizar el teléfono, aseo y demás. Para él Cómbita resultaba un paraíso, en comparación con el infierno de Valledupar; el frío era manejable, no había insectos molestos, dormía plácidamente en las noches, hasta el aire le resultaba puro y saludable. Estaba tranquilo, había pasado por lo más molesto que era *romper* nueva cárcel. Ya no estaba en el calabozo y tenía el control del patio. Su vida transcurría en perfecto orden divino hasta que llegaron sus enemigos. Los Rodríguez Orejuela estaban perdiendo la pelea, había una orden perentoria de llevarlos a los patios con la población carcelaria. El INPEC ordenó que todos los presos debían recibir el mismo trato, sin privilegios para alguno.

Al conocer la noticia, habló con sus compañeros.

—Mis amigos, hoy llegan los Rodríguez Orejuela a este patio; ellos son nuestros líderes naturales y apenas entren les entregaré el control del patio...

Los bandidos saben que, en el bajo mundo, se respeta la jerarquía de mando afuera y adentro de la cárcel, pero el único que no lo entendía era el italiano “Buonomo”.

—¡“Popeye” está loco! —Todos rieron entendiendo la situación y viendo la inocencia del hombre.

Fue claro que nadie creyó que los poderosos jefes de la mafia fueran ingresados a la torre. Eso en Colombia no podía suceder dado el poder de estos personajes alrededor del año 2003.

“Pope”, pasó el día arreglando problemas de patio, cosas pequeñas; lo más complicado: los guardias. Su arrogancia no tenía límites; al final de la tarde logró hacer que hablaran con él.

Si alguno de los compañeros ponía a secar su toalla en una baranda de las que protegía el pasillo, el guardia apagaba el televisor desde el cuarto de vigilancia. Pero lo más delicado era que a veces, suspendían el servicio de teléfono como castigo por este desorden. “Pope” trataba de manejar la situación hasta que llegaran los Rodríguez y ahí se los echaba encima; eran los jefes de la mafia y los guardianes no iban a ser tan estúpidos para enfrentárseles y menos por cosas domésticas. Tenía que manejar la situación con inteligencia ya que Aranguren, el director, sabía que poseía el control del patio y si se excedía lo enviaban al calabozo.

Al rayar la tarde llegó una nueva contada y los Rodríguez no llegaron. “Buonomo” se burló abiertamente de él, que calló con prudencia.

Sobre las 7:20 p.m., se oyó un ruido de rejas y un murmullo de gente. Estaban ingresando al patio los poderosos hermanos Rodríguez Orejuela, pero no venían solos, detrás de ellos, con caras largas, los seguían una veintena de mafiosos de peso con los que estuvieron en la Cárcel de Palmira.

El italiano “Buonomo” soltó la carcajada y dijo algo premonitorio.

—¡“Pope”, a estos viejos los van a extraditar!

“Buonomo” los odiaba por haber ayudado a matar a Pablo Escobar, de quien fuera amigo.

El uniforme caqui con rayas anaranjadas hacía ver insignificantes a todos los mafiosos que llegaron. Él ya sabía que lo último que pidieron los Rodríguez al director fue que sacaran a “Popeye” del patio. Aranguren les dijo no y no. Ahí el sicario le tomó cariño al director. Porque como dicen los abuelos, “si el perro guardián muerde a todos por igual, es un buen perro”.

¡Qué día pasó! Estaba feliz de ver a los jefes del Cartel de Cali en su mismo patio. Sería bueno para todos. Pero la dicha duró poco. Se había olvidado por un momento del compañero de cuarto. Compartir celda con alguien es incómodo, sobre todo por el uso del sanitario. No hay privacidad. “Buonomo”, su compañero se quejaba porque al amanecer, el sicario entraba al baño. No se explicaba cómo, exactamente a la misma hora, siempre estaba sentado en el trono. Y en medio del sueño le gritaba con rabia, pero sonaba gracioso por su lenguaje enredado:

—¡Oye tiene un reloj en la cola o qué!

Se prendían las luces, se abrían automáticamente las puertas y de una se oía el agua correr en las duchas. Mientras, su compañero seguía insultándole

por no dejarlo dormir más. Pero ese día era especial, porque era la primera madrugada de los Rodríguez en un verdadero Patio de Alta Seguridad y no se lo quería perder.

Apenas abrieron las celdas salió vestido. No se bañó y se ubicó en la primera línea para ver de cerca a los Rodríguez correr a la ducha comunal, como cualquier preso del montón. Maliciosamente se paró en un buen lugar y vio salir a don Gilberto en toalla. Las duchas son abiertas, sólo las separa un delgado muro entre una y otra. Allí estaba el viejo bañándose con agua helada sin privacidad alguna. El niño mimado de la Cárcel de Palmira y de La Picota, en el viejo INPEC, se duchaba como cualquier hijo de vecino en una verdadera cárcel de alta seguridad... Ahí, desnudo, desvalido fue evidente que ya le pesaban los años.

Mucho más tarde, cuando las duchas estaban casi solas, salió don Miguel. Estaba en mejor forma que su hermano y mejor dotado, ¡por algo tenía tantas novias! Por poco se queda enjabonado, el agua sólo salía durante quince minutos y se suspendía. Cuando el viejo vio que se le escapaba el chorro comenzó a rabiar y maldecir porque el agua fue mermando poco a poco.

—¿Qué pasa con el agua?, ¡qué *maricada* es este baño! ...

Ese día, “Pope” disfrutó plácidamente de su paisaje... Sus soberbios enemigos estaban también sometidos a las mismas privaciones que él, y eso que ellos fueron los ganadores en la guerra de carteles.

Al terminar de contemplar el espectáculo de la ducha, fue a saludar a su amigo Víctor Patiño Fómeque, quien también llegó al patio. Lo recibió bien y se alegró de verlo allí. Los Rodríguez fueron asignados al primer piso. Inteligentemente fue a saludarlos; lo recibieron con diplomacia, ellos no lo soportaban, y él lo sabía. Pero el arte de la guerra dice “si no puedes con tu enemigo, únete a él”. Eso fue lo que hicieron los tres hombres porque de una u otra forma en esas circunstancias tenían que aliarse para sobrevivir.

Sabía que los Rodríguez eran poderosos y tenían dinero para hacerle un hueco al régimen de Cómbita. Lo que no los dejó tomar el control de toda la Cárcel de Cómbita fue que el INPEC tenía un supervisor norteamericano, Jerry, del *Buró* de Prisiones. Aranguren, el director, era un mayor retirado de la Policía al igual que el director general del nuevo INPEC. Todos tenían una mentalidad diferente a la que reinaba en el sistema anterior.

Como los Rodríguez se habían quejado de que “Popeye” ya tenía el control del patio, apenas ingresaron, astutamente y frente a todos sus compañeros, él les habló de cederles el control cuando lo dispusieran. Lo hizo ese día, después de la contada. Nada más ni nada menos que el secretario particular de Pablo



Escobar, el temible sicario del Cartel de Medellín, pasó al frente y en público, entregó el control del patio a los Rodríguez. Estos le agradecieron y don Miguel echó su discurso como todo un político prometiendo mejoras. Le asignaron el control del teléfono. A partir de ahí todos hermanos en la desgracia, se disponían a luchar con el frío y el día a día en la nueva cárcel.

Controlar el teléfono era una tarea titánica; en el patio ya había 98 presos y un solo teléfono para todos. Se tenían que repartir los turnos de llamadas desde las 6:00 a.m., hasta las 5:00 p.m. Eran 660 minutos. Les tocaba de a 6 minutos por persona para hablar. Había muchos compañeros que no necesitaban llamar a nadie y vendían sus 6 minutos diarios a los Rodríguez o a otros jefes del narcotráfico, que tenían suficiente dinero para comprarlos. \$200 USD mensuales era la tarifa de esos valiosos minutos. Y eso que estaban estrenando prisión, vigilados por el nuevo régimen carcelario anticorrupción, pero en Colombia todo lo puede el dinero...

Don Gilberto a regañadientes cumplía con su tiempo. Don Miguel era un caso, se comía el tiempo de él, el que compraba y el de los demás presos. Se quedaba pegado al teléfono horas, hablando con su esposa, novias y amigas; nadie se atrevía a decirle nada. Era el jefe y tocaba aguantar.

“Pope”, con un cafecito caliente y astucia indígena, le hacía ceder el turno disimuladamente para no perjudicar a los compañeros. Al que nunca le fallaba era al “Doctor Viejito”; a él si le respetaba su turno y enviaba a “Pope” para que lo llevara a llamar y le marcara los números pues el viejo ya no veía ni el teléfono, pero a diario se reportaba con su familia, feliz de la vida, les contaba con detalles su convivencia con los capos del Cartel de Cali.

Con la convivencia y el desarrollo de los acontecimientos, “Pope” terminó mirando con respeto a los hermanos Rodríguez. Los lentes de oro, marca *Cartier*, en las caras de los Rodríguez, era lo único que les quedaba que podía darles un aire de riqueza en la cárcel. Comenzó a entenderles entonces su lucha; al final todos los seres humanos pelean por sobrevivir con las armas que les mandaron al mundo y en la cárcel cada ser humano hace su mejor esfuerzo, no es malo ni bueno, es solo supervivencia y así lo entendía para poder seguir con vida en Cómbita, en donde cada hombre tiene una historia tras de sí.





## Atentado en Cóbbita

**F**élix Antonio Chitiva, alias “La Mica”, fue un narcotraficante que trabajó para Pablo Escobar como rutero de la cadena del tráfico de cocaína. Estuvo involucrado en el atentado al avión de Avianca por el Cartel de Medellín. Con el tiempo hizo parte del grupo de los “PEPES” y se unió a Carlos Castaño para hacer frente a su antiguo jefe, Pablo Escobar Gaviria.

Desde esa época ya era informante de la DEA. Cuando trabajaba con otros narcotraficantes a quienes delató, lo capturaron y llevaron a prisión con pedido de extradición. Así fue a parar a la Cárcel de Palmira y luego a Cóbbita. Había traicionado a “Los Mellizos” y estos le pusieron precio a su cabeza: 2 millones de dólares. Él lo sabía y vivía asustado esperando que la DEA le diera la protección prometida. En la Cárcel de Palmira lo respaldaban los hermanos Rodríguez, pero en Cóbbita ellos no podían protegerlo igual, así que estaba solo y en peligro de muerte. Le tenía desconfianza a “Popeye”, sabía que era un sicario temerario y nada le impedía asesinarlo. No le quitaba el ojo de encima. Chitiva sentía que algo raro estaba pasando a su alrededor; las actitudes sospechosas de algunos presos del patio y la extraña visita de “el Zarco”, recluido en otra torre de la cárcel y partícipe de la muerte de Fedor, el guerrillero asesino de la famosa masacre de Tacueyó, que apareció ahorcado. Por esta razón cuando uno de los guardias del centro penitenciario se entrevistó con “el Zarco” y habló con él en voz baja y de manera sigilosa, Chitiva se asustó y se puso a la defensiva. Pero no fue el único en el patio que se percató de la situación, “Popeye” también estaba en la jugada, mirando el encuentro y decidió irse de frente con “el Zarco” a preguntarle sobre el tema. De esta forma se curaba en salud de un eventual crimen que se presentara en el patio y se lo endosaran a él, o peor, ¡que la vuelta fuera para él!

—¡En qué anda gran hijo de puta!... —le dijo al hombre cogiéndolo fuertemente del brazo empujándolo hacia un rincón del patio. El hombre sorprendido abrió los ojos como platos, asustado y tartamudeando negó que estuviera planeando algo raro.

—¡No, nooo “Popeye”...no es para usted... es... ¡para “La Mica”!

—Sí claro... Mi amigo yo estoy súper pilas y si veo algo sospechoso, me le mareo... no me voy a dejar matar tan fácilmente... no se le olvide que los Rodríguez están alerta.

El hombre se alejó rápidamente y asustado lo volteó a mirar con los ojos desorbitados, él sabía lo que le esperaba si se metía con “Popeye”. Sintió en su cuello la mirada fría y toreada de un asesino en alerta.

A los pocos días llegaron a los patios más narcos de Medellín diciendo que Carlos Castaño los había entregado. No lo bajaban de ¡sapo hijo de puta! Cuando lo veían en la televisión se soltaban de una a insultarlo.

El tema de “La Mica” daba vueltas en la cabeza de “Popeye”, no sabía si creer que el dinero que estaban ofreciendo era en realidad por la vida de “La Mica”, o sería por la suya. Afuera sus enemigos crecían rápidamente, de todos modos no confió en nadie, esa es la primera regla de supervivencia en la vida y más aún, en una prisión.

Sigilosamente comenzó a investigar con las personas adecuadas y se enteró que el grupo que iba a hacer la vuelta del asesinato de “La Mica” era grande y estaba bien planeado; 2 millones de dólares por desaparecerlo era una suma atractiva. “El Zarco” le confirmó días después cuando “Popeye” usó sus propios métodos para sacarle información. Un guardia de la cárcel era el encargado de ingresar hasta el rancho, la pistola 7.65 con un proveedor extra; allí la recibiría un preso que trabajaba en esa zona y luego otro guardia la llevaría hasta la Torre 6 y la entregaría por una pequeña ventana del área de la cocina por donde repartían los alimentos. El arma llegaría finalmente a manos del asesino. Todo el plan estaba siendo manejado desde la calle con miles de dólares andando...

“El Zarco” tenía que recibir el arma, ingresar al baño; revisarla que estuviera montada y salir de una a dispararle a “La Mica” a quien ya tenía ubicado en el patio. Después de disparar arrinconaría al patio amenazando con disparar a todos y finalmente arrojaría la pistola al piso, alzando las manos y se entregaría a la guardia. Todo fríamente calculado. “El Zarco” no tenía nada que perder, estaba condenado a 40 años de cárcel y tenía otro proceso por homicidio, uno más no le importaba.

Presintiendo el peligro, “La Mica” no se encontraba cómodo en el patio y desconfiaba de todo el mundo. Buscaba la hora del baño, 5:00 a.m., para hablar por teléfono, así “Popeye”, encargado de manejar los teléfonos y repartir los 6 minutos que tenía cada preso para llamar, no le escucharía porque siempre, sin querer, se enteraba de las conversaciones de los demás.

El día de morir le llegó a “La Mica”. “El Zarco” estaba preparado; tenía

una parte del dinero en su poder. Esto fue lo que más demoró la operación; era un crimen grande, mínimo 60 días iba a estar aislado en los calabozos y tenía que estar seguro que no lo iban a dejar solo. Una buena suma de dinero lo respaldaría a él y a su familia, que no podía quedar desamparada. Le entregaron por intermedio de terceros \$250,000 USD en efectivo, el resto de los 2 millones ofrecidos se pagarían cuando “La Mica” estuviera bien muerto. A la hora del desayuno iba a perder la virginidad la Cárcel de Cóbbita, en Boyacá, con su primer asesinato.

El día anterior transcurrió con un halo de misterio; esperar un crimen de estos tiene su grado de morbosidad, maldad y pasión por lo desconocido. La adrenalina a flor de piel. “Pope”, sabía que algo iba a pasar pero en ese momento no tenía los detalles, sólo mantenía sus dudas. Su instinto de asesino no le ha engañado nunca y ese día no sentía que él fuera a ser el muerto, pero aun así se preparó por si acaso, al fin y al cabo el día de morir es uno solo.

¿Qué pasaría después de que “La Mica” estuviera muerto? Se preguntó “Popeye” mientras se vestía.

¿Y qué pasaría si el muerto era él y “El Zarco” le había mentido? Nunca lo sabría porque estaría en el infierno y sus enemigos celebrando.

Cuando llegó la hora de la contada “La Mica” no se despegó de don Miguel Rodríguez. “Popeye” lo miró fijamente, creyendo que sería la última vez. Presentía que uno de los dos pronto moriría, no conocía la fecha pero estaba cerca, los movimientos de “El Zarco” y del guardia así lo evidenciaron.

Después de la contada enviaron a dormir a todo el mundo. Los días fueron pasando con la misma rutina. Pero el día supuestamente escogido para el crimen tampoco pasó nada, o así se pensó.

Serían las 6:40 p.m., cuando se sintió un movimiento de reja; desde su celda “Popeye” vio con sorpresa como Félix Antonio Chitiva, alias “La Mica” era sacado del patio rumbo a la ciudad de Bogotá; iba protegido por la Policía. Al siguiente día se lo llevarían para EE.UU., amparado por la DEA. Quedó pasmado al verlo partir. En la noche no durmió analizando la situación porque si no era para “La Mica”, el atentado era para él y tenía que actuar con astucia para no dejarse matar tan tontamente.

Llegó el nuevo día se bañó de prisa, delegó el control del teléfono a otro preso y rápidamente se le fue de frente al “Zarco” para provocarlo. Éste ni se inmutó y siguió su camino; quedó pendiente y tenso por la actitud del “Zarco”. Si estaba listo el atentado para él, tenía ubicado al asesino y no lo iba a sorprender.

El desayuno fue repartido con prisa, apenas salieron los internos que

entregaban los alimentos, “el Zarco” salió al encuentro del guardia que llevaba la pistola. Éste le dijo algo en voz baja. No les quitó la mirada de encima. El guardia le mostró un arma al “Zarco”, para poder cubrirse y salió con ella. Se acostumbra en el bajo mundo a dejar en claro la participación de cada persona contratada en el crimen para poder cobrar el dinero, así éste no se ejecute, ya que la culpa no es de los participantes. Por eso el guardia dejó en claro su responsabilidad mostrando el arma en el patio.

Al “Zarco” le tocó devolver \$200,000 USD y el resto del dinero se lo dejaron como agradecimiento por la vuelta. Se ganó \$50,000 verdes. Los que ordenaron la muerte de “La Mica” tuvieron que pagar \$100,000 USD a los guardias, por el ingreso de la pistola a la Cárcel de Cómbita.

“La Mica” fue extraditado a los EE.UU. El tiempo que pasó en prisión fue poco. En el año 2009 salió libre. “Popeye” se enteró de todo cuando finalmente *encuelló* al “Zarco” y le sacó los detalles del asesinato frustrado. Aun así, nunca se confió porque igual lo podían vender a él y cobrar el dinero que estaban ofreciendo sus enemigos por su cabeza.